

pensar en la estrechísima cuenta que aquel infeliz tiene que dar á Dios dentro de breves días, que ciertamente pasará en medio de la angustia y del remordimiento mas atroz. (*) Para concluir decidme ¿cómo puede gloriarse este desgraciado del infamante nombre de *apóstata*, que le dan todos los católicos, y tener la osadía de compararse con San Pablo, á quien los fariseos llamaron *apóstata* por haberse convertido al cristianismo?

R. La explicacion que da este infeliz, es como la de otro protestante, el cual, cuando le echaban en cara que seguia las doctrinas de Calvino, el cual fué estigmatizado, esto es, marcado con un hierro encandecido por sus infamias públicas, segun las penas de aquel tiempo, respondia que Calvino habia sido *estigmatizado* y que se gloriaba de ello, como S. Pablo, cuando decia: *yo llevo en mi cuerpo las señales de las llagas de Jesucristo*. Tal es la respuesta del apóstata escritor del *Ensayo histórico dogmático*. He aquí una prueba mas de que todos los herejes son parecidos los unos á los otros.

(*) En el presente año de 1874, acaba de dar en México un escándalo semejante, un D. José M. Gonzalez, eclesiástico extranjero, á quien el Ilmo. Sr. Obispo de Chiapas habia recibido benignamente en su Diócesis. Es digna de leerse la Pastoral que S. S. I. escribió contra aquel desgraciado.—*N. del T.*

LECCION XIII.

De la misa y del purgatorio.

P. Sabemos que la misa es una renovacion del sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció en la cruz, cuya renovacion se verifica en nuestros altares, por medio de las palabras de la consagracion, que el sacerdote pronuncia sobre el pan y el vino. Ante todas cosas pregunto, ¿cómo puede renovarse un sacrificio que nuestro Señor Jesucristo ofreció una sola vez?

R. Muy bien puede ser; porque la oblacion de aquel sacrificio tiene lugar de un modo diverso. Me explicaré. En el sacrificio de la cruz, hubo derramamiento de sangre, y por esto se llama sacrificio cruento, y se verificó ademas la muerte de la victima, como en todos los sacrificios de la ley antigua; mas el sacrificio del altar es incruento, es decir, no hay derramamiento de sangre, ni tampoco se verifica la muerte de la victima.

P. No comprendo; explicaos con mas claridad. ¿Esta oblacion del sacrificio de Jesucristo, que se hace en el altar, es por ventura el mismo sacrificio de la cruz?

R. Sí, es el mismo; porque es la misma vic-

tima, que es Jesucristo, quien está realmente presente en nuestros altares, y el que hace la oblation es tambien él mismo; porque aunque la hace el sacerdote que consagra, no la hace en su nombre, sino en nombre de Jesucristo; y en cuanto *al modo* con que su divina Majestad hace esta oblation, debe saberse que la oblation del altar, es distinta de la que tuvo lugar en la cruz, porque entonces Jesucristo era tambien hombre mortal y fué verdaderamente muerto é inmolado; mas ahora es impasible é inmortal, y por lo mismo ya no puede morir ni ser inmolado, sino solo *misticamente*.

P. Ya comienzo á comprender, pero no lo bastante. ¿Qué entendéis por esta palabra *misticamente*?

R. Escuchad. Como nuestro Señor Jesucristo ya no puede morir, porque despues de resucitado es glorioso é impasible, esa muerte y esa inmolation que debe haber en todo sacrificio, solo puede tener aquí lugar *de un modo místico*, es decir, que la muerte ó sea la separacion del cuerpo y de la sangre, viene á ser representada y significada por medio de la consagracion, que separadamente se hace del pan y del vino, Esto supuesto, hagamos ahora una sencilla reflexion. Las palabras que el sacerdote pronancia en nombre de Jesucristo, obran ó producen lo que ellas mismas significan. ¿Cuáles son esas palabras? Sobre el pan dice el

sacerdote: *Este es mi cuerpo*; y sobre el vino: *Esta es mi sangre*; y como esto lo dice en nombre de Jesucristo, que no puede engañarse ni engañarnos, debemos creer con una fé ciega, porque lo dice nuestro Señor Jesucristo y sin temor ninguno le equivocarnos, que en virtud de las palabras de la consagracion, el pan se convierte en su cuerpo sacramental y el vino en su preciosísima sangre; y como nuestro Señor Jesucristo es ahora inmortal é impasible, debemos creer con la misma firmeza de fé, que con el cuerpo está tambien la sangre y la divinidad, y con la sangre está igualmente el cuerpo y la misma divinidad, lo cual se verifica por *concomitancia inmediata*, como si dijéramos, por un acompañamiento necesario, porque lo uno no puede estar sin lo otro, es decir, el cuerpo y la sangre; y ademas la divinidad está allí por *union hipostática*, esto es, por la union personal del Verbo con la naturaleza humana; de todo lo cual resulta que la separacion solo se verifica en los dos símbolos del pan y del vino, pero no en la vietima, y esto es lo que se llama inmolation mística ó muerte mística.

P. Pero decidme ¿cómo puede haber verdadero sacrificio sin una inmolation real y verdadera? ¿Y cómo puede decirse que aquella inmolation mística de que me habeis hablado sea el mismo sacrificio de la cruz?

R. Para contestar esta dificultad basta comprender bien lo que quiere decir sacrificio *verdadero*. Si por verdadero sacrificio se entiende un sacrificio *absoluto*, esto es, la inmolacion real y efectiva de la víctima, esta clase de sacrificio no se verifica en nuestros altares, porque en ellos no muere Jesucristo. Mas si por verdadero sacrificio se entiende un sacrificio *conmemorativo*, el cual muy bien puede verificarse sin que haya inmolacion real y efectiva y solo con la inmolacion mistica, esto es, por medio de la consagracion que separadamente se haga, primero del cuerpo y despues de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, esta clase de sacrificio sí se verifica en nuestros altares, y esto es cabalmente lo que se hace en la celebracion de la santa misa, y este sacrificio viene á ser una verdadera representacion ó conmemoracion del que tuvo lugar en la cruz, porque con la consagracion separada de ambas especies, se representa fielmente la separacion del cuerpo y de la sangre, que se verificó ó tuvo lugar en la cruz. En la misa está Jesucristo realmente presente, y no de cualquiera manera, sino como víctima, bajo dos especies ó simbolos realmente distintos, que son el pan y el vino, los cuales representan la separacion del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que fué inmolado ó sacrificado en el árbol de la cruz. Hay, por lo

mismo, todo lo que se necesita para un sacrificio real y verdadero. En efecto, dos son las cosas esenciales en todo sacrificio: la inmolacion y la oblacion ú ofrenda; y como ambas concurren en la celebracion de la misa, se infiere rectamente que el sacrificio de la cruz y el de la misa, no son dos sacrificios distintos, sino un mismo sacrificio; porque la misa es una continuacion del sacrificio de la cruz, en que se inmola ó sacrifica el mismo Jesucristo, que en ella fué sacrificado, y se ofrece á sí mismo como víctima el mismo Jesucristo, que en ella se ofreció. Tan es cierto que el sacrificio de la cruz y el de la misa son uno mismo, que si la oblacion que se hace en el altar, no tuviera una relacion íntima y necesaria con la inmolacion real de Jesucristo en la cruz, el sacrificio de la misa de ninguna manera podia llamarse sacrificio.

P. Antes de pasar adelante, quisiera que me dijeseis si todo lo que habeis expuesto, se puede declarar y confirmar por medio de la Biblia.

R. Con mucho gusto. Sabéis muy bien que en la antigua ley estaba mandado que el sumo sacerdote ofreciera una vez en el año un sacrificio solemne, en expiacion por los pecados de todo el pueblo, y que este sacrificio era una figura del que Jesucristo habia de ofrecer de sí mismo. Sabéis igualmente que en aquel sacrificio solem-

ne, el sacerdote inmolaba la víctima fuera del santuario y despues entraba en él rociándolo con la sangre de la víctima, y de esta manera hacía á Dios la oblacion de ella. Ved, pues, como en este sacrificio concurren las dos partes esenciales, que son la inmolacion y la oblacion. No es necesario, para que haya verdadero sacrificio, que la oblacion se haga antes de la inmolacion de la víctima ó despues, ni que se verifique al tiempo mismo de inmolarla.

P. Haced ahora la aplicacion á nuestro caso.

R. Escuchad. Nuestro Señor Jesucristo, cuya venida al mundo fué para ofrecerse como víctima por nuestros pecados en el árbol de la cruz, en el momento de su encarnacion, como dice el Apóstol, hizo el ofrecimiento ó la oblacion de sí mismo al Eterno Padre; en la última cena, poco antes de ser inmolado, renovó aquella oblacion; y habiendo vuelto á los cielos despues de su pasion santísima, sigue renovando la misma oblacion y mostrando á su eterno Padre sus sagradas llagas y rogando siempre por nosotros, como dice el mismo Apóstol; y este ofrecimiento que hace de su inmolacion ó sacrificio obrado en la tierra, lo sigue renovando sobre nuestros altares por ministerio de los sacerdotes, suplicando constantemente al eterno Padre en favor nuestro.

P. Confieso que es verdaderamente grandiosa

esta idea que me habeis dado del sacrificio de la misa. Pero yo quisiera que expusierais las pruebas que, de esta sublime verdad, se pueden tomar de la Sagrada Biblia; porque bien sabeis que con los discípulos del *puro Evangelio*, es decir con los herejes protestantes, si no se cita á cada paso la Biblia, nada se avanza.

R. Yo no trato de convencer á los discípulos del *puro Evangelio*: seria tiempo perdido. El mal de ellos está en la voluntad y en el corazon. Si quereis persuadir de la Divinidad de Jesucristo, con solo la Biblia, á los socinianos y á los racionalistas, no avanzareis un solo paso, aunque disputareis por toda la eternidad. Los protestantes que se dicen *ortodoxos*, que á la verdad son muy pocos, aseguran que todo lo encuentran en la Biblia; y si á estos mismos se les quiere probar por medio de ella la verdad del sacrificio de la misa, tampoco se avanza nada y nos quedamos como con los socinianos y los racionalistas. Sin embargo, la verdad de aquel augusto sacrificio, se puede demostrar hasta la evidencia por medio de la Biblia. Porque supuesto que el sacrificio de la misa consiste en la separacion mística del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, como ya lo he demostrado; y que Jesucristo se encuentra, en estado de víctima, realmente presente en nuestros altares, como lo estuvo en la noche de la ce-

na, es evidente que una vez admitida la presencia real de Jesucristo en aquellos símbolos distintos entre sí y que representan su preciosa muerte en la cruz, no se puede negar que en la institución de la eucaristía, la cual consta expresamente en la Biblia, se debe reconocer la verdad del sacrificio de nuestros altares; porque Jesucristo dijo expresamente á sus *discipulos*: *Haced esto en memoria de mí*.

P. ¿Pero qué, Jesucristo, en la noche de la cena, al instituir la eucaristía, pronunció algunas palabras, que indicaran que su intencion era ofrecer un sacrificio?

R. Sin duda alguna. En efecto, despues de haber consagrado el pan convirtiéndolo en su sacratísimo cuerpo, al entregarlo á sus discípulos les dijo: *este es mi cuerpo, que es dado por vosotros*, ó como dice el texto griego: *este es mi cuerpo, que se sacrifica ó se sacrificará por vosotros en la passion*. De la misma manera, despues de haber consagrado el vino convirtiéndolo en su preciosa sangre, dijo á sus discípulos: *esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos se derrama ó se derramará en remision de los pecados*. Estas palabras de la consagracion del cáliz, como observa muy bien un docto protestante, no solo denotan que la sangre del Salvador estaba realmente presente, sino que por virtud de

ellas mismas *se obró el sacrificio*, y por esto las llama *sacrificiales* y son precisamente con las que declara Jesucristo la nueva *alianza*, aludiendo á las que pronunció Moisés, cuando en la alianza antigua celebrada en el desierto, roció con la sangre de las víctimas al pueblo y el libro de la ley, para ratificar solemnemente el pacto ó alianza celebrada entre Dios y el pueblo de Israel. Dichas palabras demuestran, por consiguiente, que Jesucristo en la noche de la cena ofreció un verdadero sacrificio; y supuesto que nuestros sacerdotes hacen precisamente en nombre de Jesucristo, lo mismo que les ordenó su Majestad que hicieran, diciéndoles: *haced esto en memoria de mí*; se infiere claramente que ellos ofrecen sobre nuestros altares un verdadero sacrificio. Podria confirmarse todo lo dicho con otros textos de la Biblia, principalmente con la autoridad de S. Pablo y con la profecía de Malaquias que dice, que un sacrificio nuevo vendria á destruir los sacrificios antiguos, el cual se ofreceria del oriente al occidente, es decir, en todo el mundo, y que con él se tributaria honor á Dios en todas las naciones, lo cual solo se verifica por medio del sacrificio eucarístico; podria tambien confirmarse con la doctrina universal de la Iglesia en todos los siglos y aun con la confesion, que, de esta verdad, no han podido menos que hacer no pocos protestantes; pero nada de esto es

necesario, supuesto que todos convienen, aun los mismos racionalistas, en que, en la noche de la cena y por medio de las dos especies distintas de pan y vino, fué representada la muerte sangrienta del Salvador; y esto es suficiente, como lo he demostrado, para probar la verdad de nuestro sacrificio, una vez admitida la real presencia de la víctima.

P. Quedo convencido y comprendo perfectamente, toda la solidez de los fundamentos con que se demuestra esta verdad católica. Sin embargo, he oído decir que la misa es injuriosa al sacrificio de la cruz, como si este no fuera bastante para la remision de los pecados y tuviera necesidad de un suplemento; lo cual es contrario á lo que enseña el Apóstol cuando dice que Jesucristo, *con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado*, y que *donde ha tenido lugar el perdón, ya no hay necesidad de ofrecer á Dios hostias y víctimas por los pecados*. Además, el mismo S. Pablo dice que en el Nuevo Testamento no hay sacerdotes, que puedan considerarse como sucesores de Jesucristo; en la antigua ley habia esa sucesion porque iban muriendo; pero Jesucristo no muere, porque es Sacerdote eterno. ¿Cómo se combina todo esto?

R. Muy fácilmente. Es necesario no confundir el sacrificio *meritorio de expiacion y redencion*,

con el sacrificio de *aplicacion*. Los discípulos del *puro Evangelio*, á semejanza de los judíos, confunden un sacrificio con otro, porque han perdido la clave necesaria para la inteligencia de la Biblia, no obstante que sin cesar hablan de ella y siempre la llevan consigo. No ha habido mas que un solo sacrificio de expiacion y redencion, que fué el de la cruz, y de este habla el Apóstol; pero este mismo sacrificio se multiplica y se multiplicará hasta el fin del mundo, por la aplicacion que se hace de sus frutos á cada uno en particular. Los protestantes no se han atrevido á negar que por el bautismo y por la *cena* (así llaman á la comunión), se nos imputan, como ellos dicen, los méritos de Jesucristo, mediante la fé; ó como nosotros decimos, se nos aplican los méritos del Salvador; de lo cual se infiere que nosotros y ellos confesamos, que Jesucristo mereció y alcanzó en favor nuestro el perdón de nuestros pecados, por medio del sacrificio de la cruz. Luego así como no son injuriosos al sacrificio de la cruz el bautismo y la eucaristía, tampoco debe ser injurioso al mismo sacrificio, el sacrificio que ofrecemos en nuestros altares. No basta que una fuente esté derramando sus aguas; se necesita además que por medio de vasijas ó de alguna otra manera la recojamos para destinarla á nuestro servicio; pues bien, la vasija para recoger esa agua, por expli-

carne de esta manera, ó el canal por donde la divina gracia viene hasta nosotros desde las fuentes del Salvador, son los sacramentos y el sacrificio de la misa. Los que celebran este divino sacrificio no son propiamente los sacerdotes, sino que lo celebra el mismo Jesucristo, sacerdote único, por medio de ellos como ministros. Los sacerdotes sirven á Jesucristo, que es el verdadero sacerdote, para celebrar este misterio de amor y fuente inagotable de gracia. Si se les llama sacerdotes, es tomando la palabra en un sentido mas lato, por cuanto á que obran en nombre del sacerdote eterno, que es Jesucristo.

P. Siendo esto así, pregunto ¿quién pudo sugerir á Lutero la abolición que hizo de la misa, con cuyo divino sacrificio se tributa honor á Dios, se aplaca su justicia, se le manifiesta nuestro reconocimiento por sus beneficios y se alcanzan innumerables gracias, particularmente la del dolor necesario para obtener el perdón de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia?

R. El diablo fué quien le sugirió semejante pensamiento. Así lo dice terminantemente el mismo Lutero, y ningún protestante se ha atrevido á negarlo. No podía esperarse otra cosa de aquel enemigo jurado de Dios, envidioso del honor que se le tributa en el augusto sacrificio de nuestros altares y de los innumerables bienes que

por su medio descenden sobre nosotros de la divina clemencia. Lutero, que no quiso creer á la Iglesia, sí creyó al diablo; y de aquí se infiere rectamente que todos los protestantes, por el mismo hecho de negar la misa, son con toda propiedad y en el sentido rigoroso de la palabra, DISCÍPULOS DEL DIABLO. ¡Qué vergüenza para los protestantes!

P. Ya comprendo por qué razon el De Sanctis dice que quiere escribir contra la misa, que, sabe Dios como la celebró por tantos años. En lo que sí me parece que no va acertada la Iglesia católica, es en la manera de celebrar el santo sacrificio; porque manda que se haga en lengua latina, la cual no entiende el pueblo. Para que este pudiera sacar todo el fruto que era de esperarse, sería muy conveniente que la misa se celebrara en lengua vulgar, á fin de que por este medio pudiera el mismo pueblo unir sus oraciones y súplicas con las del sacerdote.

R. ¿Cómo se conoce que vos sois uno de tantos que solo miran las cosas muy por encima! Ante todo es preciso observar que cuando la Iglesia estableció su liturgia en el tiempo de los Apóstoles, lo hizo en la lengua propia de aquellos pueblos á quienes se habia predicado la fé, y por esto adoptó el latin para los romanos; y el griego para los griegos, y á este modo se acomodo-

dó al idioma de cada nacion. Lo mismo hizo mas adelante cuando fué predicado el Evangelio entre los sirios, los egipcios, los armenios, los persas, los árabes y otros pueblos, y otro tanto practicó en la edad media con todas aquellas naciones que hablaban la lengua Slava; pero una vez fijado el idioma de la liturgia, la Iglesia lo conservó sin hacer mutacion ninguna. Los pueblos, con el transcurso de los siglos mudaron de idioma; mas la Iglesia no tuvo cambio ninguno, y he aquí la razon de por qué no solo en la occidental, sino tambien en las Iglesias orientales, el idioma de la liturgia vino á ser, con el tiempo, un idioma desconocido para el pueblo; pero esto de ninguna manera se debe atribuir á la Iglesia sino á los mismos pueblos.

P. Muy bien. ¿Mas por qué razon la Iglesia no se acomodó á los cambios del lenguaje?

R. Por muchas y graves razones, La primera es porque una lengua muerta, como llamamos á las antiguas, no está sujeta á variaciones, y por lo mismo, las palabras de que se compone no son susceptibles de cambio, y esto precisamente conviene mucho para conocer la verdad de la antigua fé. Las lenguas vivas, por el contrario, están sujetas á frecuentes mutaciones; y si la liturgia tuviera que acomodarse á ellas, habria necesidad de renovarla de tiempo en tiempo, con inmenso tra-

bajo y con gran peligro de la fé. En segundo lugar, no seria bastante traducir la misa en la lengua de una nacion, sino tambien en los innumerables dialectos de cada país, porque la gente del campo y la plebe, por lo comun, no entienden el lenguaje mas culto, lo cual seria tambien un gran inconveniente. En tercer lugar, la unidad de la lengua ayuda mucho á la unidad de fé y á la comunicacion ó correspondencia de los pastores entre sí. En cuarto lugar, hay en la liturgia muchos trozos del antiguo y del nuevo testamento, y si esta hubiera de traducirse en tantas lenguas y dialectos, seria necesario cambiar á cada momento la traduccion de la Escritura santa con peligro de innovaciones. Por último, en todas partes se ha proveido suficientemente á la devocion del pueblo con libros escritos en lengua vulgar, en que se encuentra la traduccion y explicacion de la misa y de las preces litúrgicas.

P. Ya veo que teneis alguna razon. Digo alguna, porque, sea lo que fuere, siempre me parece de mucho peso lo que S. Pablo escribe en contrario. El santo Apóstol dice en una de sus cartas, que si en las reuniones cristianas se habla una lengua peregrina ó extranjera, la gente poco entendida no podrá responder *Amen* al tiempo de la bendicion, porque no comprenderá las palabras del que bendice.

R. Este es un argumento viejo, que al derecho y al revés siempre han venido poniendo los protestantes ó discípulos del *puro Evangelio* y hasta los incrédulos, que no creen las divinas Escrituras. El texto que habeis citado de S. Pablo, nada tiene que ver con la cuestion de que se trata. El Apóstol no habla de la liturgia ó celebracion de los sagrados misterios, habla solamente de las reuniones ó congregaciones cristianas. A ellas concurrían algunas personas, que, como sucedia en aquellos tiempos primitivos, tenían el don de lenguas y solian abusar de él, por un espíritu de vanidad y sin ningun provecho. Por esta razon el Apóstol da la regla á que se deben sujetar, amonestándolos á que jamas usen de lengua extraña, á no ser en los casos en que hubiere un motivo justo para ello. Ademas la lengua latina no es una lengua tan extraña para nuestro pueblo. (*) A ella está acostumbrado desde su infancia; oye y por lo comun entiende los textos latinos, que con frecuencia se citan en los sermones; muchos, desde su primera edad, estudian los rudimentos de la lengua latina; y fuera de todo esto, siempre les explican sus pastores el sentido de aquellos textos. Por otra parte, las mismas ceremonias de que usa el sacerdote, son un lenguaje elocuente que ha-

(*) Habla el autor de los pueblos de Italia. N. del T.

bla á los sentidos, y con esto solo basta para que se unan al mismo sacerdote en espíritu de piedad y devocion. Pero no quiero que me creais solo bajo mi palabra acerca del verdadero sentido del texto del Apóstol, que habeis citado. Quanto he dicho está fundado en la autoridad de los intérpretes católicos; y muchos protestantes y racionalistas no han podido menos que confesar la verdad en esta parte, como son, entre otros, Bardilio, Storrio, Doerdelein y Rosenmüller.

P. Generalmente se oye decir que la misa no es mas que un comercio, un verdadero tráfico para los padres. ¿Qué hay sobre esto?

R. Explicaos con mas claridad.

P. ¡Cómo! ¿Pues qué no sabeis lo que todo el mundo sabe? ¿Ignorais por ventura que los padres se hacen pagar las misas que celebran, y que comercian con la sangre de Jesucristo, bajo pretexto de librar las almas del purgatorio? Hasta los mismos Papas fomentan la avaricia de los padres, concediendo á algunos altares el privilegio de que por cualquiera misa, que en ellos se celebre, se saca alma del purgatorio. De estos dos artículos: misa y purgatorio, han formado los padres su comercio, con que están llenando el bolsillo á costa de los simples, que se dejan engañar de ellos.

R. Poco á poco. Vamos á examinar separadamente cada cosa. Yo nunca he oido decir que

las misas se paguen; lo que sé es, que se dan limosnas por la celebracion de las misas. Estas limosnas son para el sustento de los sacerdotes, los cuales no solo tienen alma, sino tambien cuerpo. ¿Y de quién han de recibir lo necesario para la vida, sino de los mismos fieles, á cuyo servicio están consagrados? El Apóstol S. Pablo dijo: *el que al altar sirve, del altar debe vivir*. Dios mismo, en la ley antigua, proveyó suficientemente á esta necesidad de los sacerdotes y de los levitas, asignándoles los diezmos y una parte de la carne de los animales, que se ofrecian en sacrificio. En la ley nueva, en que aquellos sacrificios fueron sustituidos con el sacrificio eucarístico, los fieles de los primeros tiempos ofrecian á los sacerdotes pan, vino, harina y otras varias cosas, que servian para su sustento y para el mismo sacrificio. Con el tiempo, fueron cesando esta clase de oblaciones, y los mismos fieles las sustituyeron con las limosnas, que ahora se acostumbran. Hé aquí el origen de la limosna que se da por las misas.

P. Esto es muy justo y racional; porque los sacerdotes tambien han menester de lo necesario para la vida; pero no es esto á lo que yo me contraigo, sino á la codicia, al tráfico y al abuso que se hace de las limosnas.

R. La codicia, el tráfico y el abuso, si es que los hay, yo tambien los detesto lo mismo que vd.;

y acaso mas. Los Sumos Pontífices siempre han procurado impedirlo con la mayor diligencia. Pero si de presente hay algun abuso ¿acaso por esto se debe condenar la cosa en sí misma? No seria cordura que por algunos cuantos abusos, y abusos exagerados por la gente perversa y mal intencionada, se suprimiera una cosa tan justa y tan conforme á la ley divina y natural, como es el sostenimiento del clero, que vive consagrado al bien espiritual de los fieles.

P. Lo comprendo perfectamente y me parece muy puesto en razon; tambien los ministrillos de los protestantes son sostenidos por los afiliados en sus sectas y se hacen pagar todos los oficios que desempeñan, y en algunas partes hasta la asistencia á los moribundos y las prédicas que hacen al pueblo. Para cubrir de vergüenza á estos hipócritas ministros del *puro Evangelio*, que reprueban á los sacerdotes católicos la pequeña limosna, que reciben por una misa, basta saber lo que pasa en Inglaterra, donde la *modesta* renta del clero protestante está calculada en ocho millones de libras esterlinas por año, que hacen CUARENTA MILLONES DE PESOS, fuera de otras muchas *buscas*; y á la verdad, poco ó nada se ocupan de la instruccion de sus súbditos, que viven sumergidos en los vicios y en la mas deplorable ignorancia, al grado de que muchos no saben ni quién los crió, ni

quién es Jesucristo, ni cuántos dioses hay. ¿Pero decidme: cómo se contesta á la observacion que muchos hacen sobre las misas que se celebran en altar privilegiado, con las cuales dicen que se saca alma del purgatorio? ¿Qué no es esto una supersticion y un error muy grosero?

R. Es una supersticion y error grosero para los que no miran las cosas como deben. ¿Qué dan á entender los Romanos Pontífices cuando declaran que un altar es privilegiado, y que celebrando en él la misa, se saca alma del purgatorio? No hacen otra cosa mas que conceder una indulgencia plenaria, aplicable á una alma del purgatorio en particular, es decir, aplican los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo, cuanto es bastante para satisfacer por la pena, que aun tuviera que sufrir aquella alma por sus culpas pasadas. Esta condonacion ó perdon de la pena, que se hace por modo de sufragio, Dios puede aceptarla ó no aceptarla, y puede aceptarla en parte ó en todo, segun la disposicion en que se hallaba aquella alma al salir de este mundo; y puede tambien aceptarla en favor de otras almas segun fuere de su divino agrado, supuesto que no ha hecho ninguna promesa sobre tal aceptacion. De aquí resulta que es del todo incierto si en igualdad de circunstancias, la condonacion ó perdon de la pena, favorece mas al alma, por quien se ofrece la misa, que

á las otras; todo depende de la sabiduría, bondad y justicia de Dios. Hé aquí cómo debe entenderse y como entienden los fieles la gracia de altar privilegiado.

P. Perfectamente. Supuesto que el Papa ha recibido de nuestro Señor Jesucristo la facultad de conceder indulgencias, como se demuestra por medio de la Biblia y con el uso constante y universal de la Iglesia, no hay inconveniente ó repugnancia, para que pueda tomar del tesoro de los merecimientos del mismo Jesucristo, que le ha sido confiado en toda su plenitud por su divina Majestad, juntamente con el poder de las llaves del reino de los cielos, no hay inconveniente, digo, para que pueda tomar cuanto es necesario y ofrecerlo á Dios por modo de súplica para descontar, por decirlo así, la pena que una alma esté debiendo en el purgatorio. Sin embargo, yo quisiera saber cómo se demuestra por medio de la Biblia la existencia del purgatorio.

R. ¡Desgraciados de nosotros si no hubiera purgatorio! No podria satisfacerse con tanta facilidad la pena merecida por la muchedumbre de pecados veniales en que caemos cada dia. La Biblia nos dice que al cielo no ha de entrar *cosa manchada*. Siendo esto así, ¿cómo se podria satisfacer por las penas gravísimas merecidas por nuestros pecados? En el sacramento de la peni-

tencia, los pecados se perdonan en cuanto á la culpa; pero todavía queda una pena temporal que sufrir por ellos. Esta pena temporal tiene que pagarse ó en esta ó en la otra vida. Casi siempre sucede que no podemos ó no queremos pagarla en esta, ya porque no hemos hecho penitencia suficiente, ya porque el hombre pasa repentinamente á la otra vida sin haber tenido tiempo de hacer penitencia, ó ya por último, porque su conversión fué al partir de este mundo. Esta tambien es una mancha, y con manchas no se entra al cielo. Luego, en vista de todo esto, no queda mas camino que: ó desesperar de la salud eterna ó admitir la existencia de un lugar de expiacion, en que se puedan pagar tales deudas y limpiarsé tales manchas. Este lugar es el que llamamos purgatorio, en que las almas se purifican para hacerse dignas de presentarse delante de Dios, que es la santidad por esencia. Dios muy bien podia perdonarnos toda la pena juntamente con la culpa; pero no ha querido hacerlo así; y si no ha querido, tendrá sus muy buenas razones para ello, y ciertamente no son los protestantes los que han de hacer cambiar á Dios su eterna voluntad. Su divina Majestad, por otra parte, nos ha inculcado la necesidad de padecer y sufrir por nuestros propios pecados, y por eso nos dice terminantemente: *si no hicieris penitencia todos perecereis.*

P. Muy bien. Pero hasta ahora no habeis demostrado la existencia del purgatorio por medio de la Biblia.

R. Voy á demostrarla. Leemos en el libro segundo de los Macabeos que Júdas, aquel ilustre y valeroso caudillo del pueblo de Dios, hizo una gran colecta de limosnas, y las mandó á Jerusalem para que se ofrecieran sacrificios, como una expiacion por los que habian muerto en la batalla de Jamnia, y el escritor sagrado añade: *Es un pensamiento muy santo y saludable rogar por los difuntos para que sean libres de sus pecados.* Hé aquí en este pequeño trozo de la Biblia, demostrado con toda claridad el dogma de la existencia del purgatorio; porque, en primer lugar, por él vemos que en la ley antigua se ofrecian sacrificios por la expiacion de los pecados de los difuntos; segundo, tal expiacion era por los que habian pasado á la otra vida en estado de gracia, ó como dice el sagrado texto por los que habian muerto *piadosamente*; tercero, de aquí se infiere como consecuencia natural, que aquellos sacrificios, no eran por los que ya habian entrado al cielo, porque estos no tienen necesidad de expiacion, tanto mas cuanto que antes de la venida del Salvador, las almas no entraban inmediatamente en el goce de la vision beatífica; ni tampoco eran ofrecidos por los que ya estaban en el infierno, porque allí no hay lugar á

la expiacion; luego se infiere rectamente que aquellas oraciones y sacrificios se ofrecian por las almas que estaban detenidas en el purgatorio.

P. Pero yo he oido decir que los protestantes no admiten como divinos los libros de los Macabeos.

R. Si los protestantes son unos necios, ¿qué les vamos á hacer? ¿Quién sino la Iglesia nos ha de decir cuáles son los libros sagrados? La Iglesia nos presenta como divinos los libros de los Macabeos; los protestantes dicen que no lo son. ¿A quién hemos de creer? ¿A la Iglesia, que es depositaria y da testimonio de la revelacion divina; ó á los rebeldes protestantes nacidos ayer? Los protestantes hacen ahora lo que han hecho los herejes de todos los tiempos. Si pueden servirse, con alguna apariencia en su favor, de los textos de la divina Escritura, arguyen con ellos á los católicos; y si no pueden, entonces con la mayor osadía rechazan y no quieren admitir como divinos aquellos libros en que están condenados sus errores. Así lo hacian los antiguos Gnósticos y los Maniqueos, y así lo hacen los Barbetos y todos los protestantes. Tambien en el santo Evangelio consta que nuestro Divino Salvador habló de algunos pecados que no se perdonarán ni en esta, ni en la otra vida; y de esto se infiere que así como hay pecados que se perdonan en este mundo, tambien los hay que se per-

donan en el otro; y como sabemos que en el otro mundo ya no hay lugar al perdon de los pecados mortales en cuanto á la pena, de aquí tambien se deduce la necesidad y existencia del purgatorio. Prescindiendo de otros textos semejantes de la divina Escritura, diré por último, en comprobacion de esta verdad, que la práctica constante de la Iglesia es un poderoso argumento á su favor. En efecto, segun el testimonio de Tertuliano, desde los tiempos primitivos ya se ofrecian sacrificios por los difuntos, y es de advertirse que aquel escritor hablaba en el segundo siglo de la Iglesia, como de una práctica universalmente recibida. Verdaderamente es muy extraño que los herejes, que como hemos dicho, nacieron ayer, tengan valor para negar una verdad que está fundada sólidamente en la Biblia; que ha sido reconocida y practicada por toda la antigüedad cristiana; que estimula á los fieles á mostrar su reconocimiento y gratitud para con sus amigos que sufren algun padecimiento, y que robustece los fundamentos del dogma de la inmortalidad del alma. La misa, si bien es uno de los principales medios que tenemos para ofrecer sufragios por las almas del purgatorio, no es el único, porque la Iglesia tambien nos enseña que podemos hacerlo por medio de limosnas, ayunos y otras buenas obras hechas en gracia de Dios.